

Homilía Misa por la Trata de Personas

Mons. Jorge García Cuerva

Plaza Constitución

Martes 26 de septiembre de 2023

Alguna vez el Cardenal Bergoglio dijo que a Buenos Aires le hacía falta llorar; pidió a Dios que purifique con el llanto a esta Ciudad, y que no se haga tanto la distraída.

Fue en el año 2005, en ocasión del primer año de la tragedia de Cromañón.

Hoy me animo a pedir a Dios nuevamente que Buenos Aires aprenda a llorar: a llorar tanta desigualdad; a llorar tanta exclusión; a llorar a tantos hermanos que deambulan por nuestras calles; a llorar a tantos hermanos esclavos del negocio de la droga; a llorar a tantos hermanos víctimas de la precariedad del conocido como “trabajo esclavo”; a llorar a quienes son víctimas de la trata, “ese crimen que hace de las personas mercancía”; a llorar a quienes ofrecen su cuerpo obligados por necesidad a sobrevivir.

Sí, a Buenos Aires le hace falta llorar. Porque al llorar, fabricamos lágrimas, y con las lágrimas limpiamos la mirada y vemos más claro; vemos los rostros concretos, con nombre y apellido, de seres humanos mercantilizados, desfigurados en su dignidad y avasallados en su libertad.

Hace pocos días el Papa decía que: “El verdadero mal social no radica tanto en el crecimiento de los problemas, sino en el declive de la atención”. Y de eso se trata el evangelio de hoy; de no prestar atención al hombre herido, víctima de la inseguridad como tantos en la ciudad y en el conurbano, que queda tirado al borde del camino, despojado de todo, maltrecho y abandonado. Y nos dice el versículo 30, al final: “*que lo dejaron medio muerto*”.

El levita y el sacerdote lo vieron y siguieron su camino, pasaron de largo. En cambio, el samaritano lo vio y se conmovió.

¿Por qué si los tres lo vieron, solo el último se detuvo? ¿Qué había de diferente entre el “ver” del sacerdote y el levita y el “ver” del samaritano?

Como dije antes: al hombre lo dejaron al borde del camino “medio muerto”. El sacerdote y el levita lo vieron así, medio muerto y entendieron que ya no había nada que hacer.

Pero si estaba medio muerto, quiere decir que también estaba medio vivo.

El samaritano vio la parte media viva del hombre asaltado; por eso se detuvo, por eso se conmovió y lo ayudó.

Me animo a decir que el samaritano debe haber llorado mucho en su vida; debe haber llorado cada vez que lo conmovía el dolor de los heridos de la vida, de los pobres y excluidos, y por eso, con la mirada limpia por las lágrimas, pudo ver mejor, pudo ver con mayor nitidez que el hombre estaba medio vivo; entonces se detuvo, se acercó y vendó sus heridas.

Hoy, víctimas de las distintas formas modernas de esclavitud y trata de personas, hay hermanos, hay ciudadanos todavía “medio vivos”, que piden que los miremos con los ojos llenos de lágrimas

porque hacemos nuestro su dolor; que nos acerquemos, que vendemos sus heridas con ternura, con escucha, y con un compromiso profético, que una vez más y desde esta plaza, triste reflejo de la injusticia y la marginación gritemos sin miedo que seguiremos luchando por una sociedad sin esclavos ni excluidos, seguiremos comprometiéndonos estando cerca de las víctimas de manera constante y eficaz, seguiremos tratando de curar sus llagas abiertas y dolientes, que también son la llagas de Jesús; seguiremos adelante, a pesar del silencio cómplice y de los que miran para otro lado.

Lo volvemos a denunciar y con fuerza haciendo nuestras las palabras de Francisco: “*¡La trata de personas es un crimen contra la humanidad; es un crimen mafioso y aberrante!*”

Buenos Aires, 26 de septiembre de 2023